



* * POEMA DEL SUPERMERCADO * *

1# / david pérez rego 0 

.....#####

POEMA DEL SUPERMERCADO

David Pérez Rego

El supermercado es mi refugio. Por el precio de cualquier chorrada me proporciona un mundo diurno, calefactado y filtrado de 09:00 a 22:00 horas. Seguridad, atención permanente, y un paisaje de colores donde yo, cliente habitual, siempre tengo la razón. El supermercado es un mundo feliz que ejerce sobre mí tan poderosa atracción como para dedicarle un conjunto de poemas. “Poema del supermercado” es el resultado.



Reconocimiento-NoComercial

Esta obra está sujeta a la licencia Reconocimiento-NoComercial 4.0 Internacional de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/>.

1º edición: marzo de 2018
O Porriño, Pontevedra (Galicia-Spain)

Título: Poema del supermercado
Autor: David Pérez Rego

www.davidperezrego.com

Estoy solo y no hay nadie en el espejo
Jorge Luis Borges

I.

Voy al supermercado,
compro cosas,
vuelvo a casa,
me las como.

Voy al supermercado,
compro cosas,
vuelvo a casa,
me las como.

Quizá llevo una vida
monótona y repetitiva
monótona y repetitiva
repetitiva.

Voy al supermercado,
compro cosas,
vuelvo a casa,
me las como.

Me siento atrapado
en la continua rueda del Dharma,
voy y compro y vuelvo
y la vida pasa.

II.

Deambulando por el supermercado,
con los ojos insatisfechos,
multitudes de personas solitarias
en Facebook.

Superdepredadores
hartos y saturados,
llenando carros
con plásticos de colores.

Móviles modernos,
rostros pálidos,
cejas depiladas,
chándales del Decathlon estrechos.

III.

Hoy ha sido
otro día terrible
en el trabajo.

A última hora
he pasado de nuevo
por el supermercado.

Me reconfortan sus pasillos rectos
y bien iluminados.
Los productos ordenados
en los mismos lugares de siempre.

La música ambiental
es monótona y tranquilizadora.

Y gracias al precio ajustado
y a la calidad ajustada
de las marcas blancas
no estoy obligado a pensar
ni decidir
cuál será mi opción de compra
más eficiente. Y eso es
balsámico.

Aquí dentro disfruto
de una experiencia
arrebatadora.

Este es mi refugio.
Dentro
soy feliz.
Afuera
todo es
una puta mierda.

IV.

Woo oh oh! Canta Ella Fitzgerald,
Jazz de los garbanzos en conserva.
Woo oh oh! Rugen los Ramones
Oferta en todos los macarrones.

V.

Aquí dentro
hay muchas cosas para entretenerse.

Por ejemplo,
si te gusta la gastronomía,
hay alimentos procedentes de todas las partes del mundo.
Miles de productos
distribuidos por centenares de metros,
en exposición.

Uno puede viajar por el planeta
echando un vistazo a las etiquetas,
sin tener que soportar las incomodidades de un viaje,
las dificultades con el idioma
o la falta de seguridad
en esos países misteriosos.

Cuando me levanto por la mañana
con ese punto intrépido,
cuando escucho la Cabalgata de las Walkirias en mi interior y me
siento salvaje,
vengo al supermercado
y me aventuro por el pasillo de la cocina internacional,
a ver mundo.

A veces
suele aparecer algo nuevo
o quizá alguna cosa
en la que no habías reparado antes.

Es muy emocionante.

Afuera
todo es demasiado aburrido.

VI.

Estoy cansado y triste.
También he aguantado una larga cola de espera en la caja registradora.
Luego he depositado
toda mi compra en la cinta
y la cajera ha pasado las cosas
de
una
en
una.

¡Pip! ¡Pip! ¡Pip!

Al pasar yo,
también apareció mi precio en caja:
¡Pip!
11,95 €.

Yo estaba algo confuso
por mi tasación,
pero la cajera asegura
que debo tener un código de barras
implantado
por alguna maldita parte.

No he querido discutir y
he pagado.
He pasado la Visa.
He pasado la Travel.
He buscado en la cartera
pero no tenía cupones descuento
para mi propio cuerpo.

Aún así,
he de reconocer

que me siento
halagado
por el coste total
de mi valor.

VII.

El carrito de la compra es
el espejo del alma.
Traduce nuestros deseos,
nuestros miedos,
nuestras inseguridades.

Ir al supermercado es lo mismo
que ir al psicoanalista.

Los habituales estamos familiarizados
con los hábitos de consumo
del resto de clientes.
Sabemos todo
lo que suelen comprar.
De esta forma podemos
reconocer
las desviaciones de la norma en el cliente habitual:
sus extravagancias
p.u.n.t.u.a.l.e.s. :
documentamos las excepciones en la compra ajena
y registramos las anormalidades
cuando compran algo irregular.

También conocemos tu rollo,
lo sabemos.
Sabemos de qué vas tú,
tus hábitos,
y cuando capitulas
ante tus vicios.

A través del carrito
identificamos también
los periodos de dieta mutuos,

y cuándo alguno llega con estrecheces
a fin de mes.

Nada puede ser ocultado en el carrito,
nada evita la exposición pública de nuestras inclinaciones secretas en
la cinta de la caja registradora.

El carrito de la compra es
t r a n s p a r e n t e
porque la codicia es la base de nuestra eficiente familia consumista.
Sin ella,
este puto planeta
no funcionaría.
Así de claro.

VIII.

Le daba tanta vergüenza comprar
cualquier chorrada
cada día
que la acompañaba siempre
de un pack de cervezas
para despistar.

IX.

He vuelto al supermercado a comprar algo.

Debo reconocer que no era al-go-ab-so-lu-ta-men-te-im-pres-cin-di-ble, pero aquí dentro se está muy bien. Por el precio de cualquier chorrada, el super me proporciona un mundo diurno, calefactado y filtrado de 09:00 a 22:00 horas. Me parece un cambio muy ventajoso.

Seguridad, atención permanente, y además, yo siempre, siempre tengo la razón. No está mal.

Algunos incluso vienen con toda la familia de paseo - los carritos para los niños son fantásticos y gratuitos. Los reponedores son amables y siempre te ceden el paso.

Afuera todo es una puta mierda.

X.

El carrito de la compra es
GRANDE,
para satisfacer nuestras crecientes necesidades de consumo.
Un carrito demasiado vacío nos resultaría
tan desvalido
como una castañera
de Dickens:
llenemos ese puto carrito de cosas.

Y arrastrémoslo por los pasillos
con todos esos extraordinarios productos,
deseos,
necesidades,
obscenidades
envueltas en plásticos de colores.

Amemos a nuestro carrito
por encima de dios y de todas las cosas.
Amemos a ese jodido carrito.
Amémoslo.

XI.

Yo no quiero decidir más
que si carne o pescado.
Demasiadas opciones
me confunden,
me marean.
Perturban mi karma.

Yo quiero abandonarme,
dejarme llevar,
mecerme,
en la suave hamaca de la mercadotecnia.
Allí me sentiré protegido.

Yo quiero sumergirme,
en la lujuria del sometimiento
¡arriba el capitalismo vencedor!
No quiero vivir
en Corea del Norte.

Santa Mercadona
toma mi libertad
y proporcióname
una experiencia de compra
satisfactoria.

XII.

En el supermercado rigen normas.

Ésto no es una jodida anarquía: aquí no hay hueco para las subjetividades.

Gobiernan preceptos que ya han sido pensados por gente mucho más sabia que nosotros. Son las Tablas de la Ley. Por ejemplo, adonde hay que dirigir la mano y por qué debemos preferir esta marca dispuesta a la altura de la vista y no la otra que buscábamos: cómo debemos comportarnos para satisfacer más eficazmente nuestras necesidades consumistas. Azucarado granhermanismo. Cariñosos cercados protectores. Fronteras que nos encierran con dulzura. En su interior nos encontramos protegidos y en orden. Tranquilos. Mansos. Sin miedo.

Además,
existen otras leyes nuestras,
impuestas
por nosotros mismos,
la clientela.

Leyes officiosas.

Secundarias.

Complementarias.

Pero leyes. Leyes que hemos desarrollado en ese margen emancipado y luminoso de la libertad de compra. Ley número 1: prohibido fijarse en la compra ajena. Este es el mandamiento número uno: prohibido fijarse en la compra ajena. Sagrado. Todos acabaremos sabiendo qué coño compras tú (foca, alcohólico, raro, pervertido, vigorético, repugnante, seboso...) pero nunca nadie, puede, fijarse, fijamente, en-tu-puto-carrito, nunca. Eso sería, de muy mal gusto. Prohibido. Mandamiento número uno: garantizar la apariencia de una privacidad

personal de compra.

Mandamiento número dos: la sección de higiene íntima y del alcohol son espacios personales. Allí nadie conoce a nadie. Nadie habla con las compresas en la mano. Nadie saluda sosteniendo su segunda caja de cervezas en la mano. Allí, estamos protegidos. Rodeados de plomo. Revestidos de kriptonita. Allí somos, por fin, libres. Mandamiento número dos. Higiene íntima y alcohol: espacios secretos.

Mandamiento número tres: uno puede ser infiel a su supermercado de siempre, pero esporádicamente, y de forma justificada. En el otro supermercado puedes buscar algo que puntualmente no tenga el propio. Pero no huyas a otro súper porque el pollo esté de oferta, maldito mendigo: espera a que el pollo esté de oferta en el tuyo, y congélalo. Uno puede ser del Eroski e ir al Gadis porque tienen snacks de guisantes al punto de sal.

Pero no por un pollo.

Puto mendigo rastrero.

En el Eroski también tienen pollo.

Ese es el mandamiento número tres.

XIII.

Recorro los pasillos
por el mero placer de ver
los colores y las formas
de los productos
- son hermosos.

Esta tarde
no he venido a comprar
sino a disfrutar
del arte.

Sopa de tomate,
Campbell.

XIV.

Yo seré mi cesta de la compra.

Yo seré esa remolacha cocida y pelada a 0,99 €/kilo,
yo tendré la cara de esa Ensalada Gourmet Eroski “lista para
consumir”,
yo tendré las células de la piel hechas con esas galletas Artiach
Artinata del Alcampo.

Por eso,
cuando alguien me mira la cesta,
me siento
desnudo.

Es difícil hablar de ello,
ustedes comprenderán.

Uno es
un tanto
introvertido.

XV.

Deberían hacer

una caja para las señoras mayores que buscan lenta y tranquilamente con toda la calma del mundo monedas en su vieja cartera llena de papeles, tarjetas, fotos

y un acajarápido para el resto.

XVI.

He tenido que volver al supermercado.
Y no es por vicio, no:
sucede que, a veces,
compro y compro
y cuando llego a casa
no tengo nada para comer
sólo cosas para acompañar
a la comida.

Por eso tengo que volver
a por comida
de verdad,
algo que
ennoblezca el plato
(quizá los restos
de algún mamífero
o algún pez
muerto).

Hoy
he tenido suerte
y nada más entrar por segunda vez
una señora estupenda
en la esquina de los embutidos
me ha ofrecido jamón Navidul
cortadito en una bandeja,
muy rico.

Luego, en otro pasillo,
le ataqué
a una promoción de lasaña de Gallina Blanca,
pasable,
y tomé el postre - piña del Monte -

en la frutería,
sección de productos tropicales

Al salir,
como siempre hago,
opiné en el buzón de sugerencias,
indicando que
las raciones
deberían ser
un poco más grandes.
Por lo demás,
todo sabroso.
El supermercado es
un sitio estupendo.

XVIII.

Me gusta
que los productos imprescindibles
estén tan alejados
unos
de
otros.

Leche
 huevos
 arroz
 aceite.

Eso me permite
dar vueltas y vueltas y vueltas y vueltas
hasta el punto de p e r d e r m

XVIII.

Martes por la mañana,
llega producto fresco
a la pescadería.
Esperando ,
he cantado bingo
y me han caducado
los yogures.

XIX.

No puedo resistirme
a comprar otro paquete de pilas
antes de irme.

Es, como la guinda
del helado de copa
de mi compra del día.

En casa acumulo miles
pero no me quedo satisfecho
si en la caja no aprovecho
para comprar otras pilas y unos chicles.

XX.

Un estudio de una universidad de por allá
(¿Wichita?, ¿Kentucky?...)
ha demostrado
de forma
irrefutable
que avanza más la cola
con pocas personas pero muchos productos
que la cola
con muchas personas pero pocos productos.

Pero a mí
me la pela
porque sé
de forma
irrefutable
que yo
siempre
tengo
la cola más larga que el resto.

Así que
si al llegar a caja
sois de los que andáis
trastabillando y jodiendo
para delante y para detrás
con el carrito
de los cojones,
y me véis,
en la cola,
recordad
que
mi cola

siempre es
y será
la cola más larga de todas las colas.

XXI.

Aquel tipo
llevaba tres días atrancado en caja.
Como tenía un enoooOOOrme carrito de compra
dejaba pasar a todo dios en la fila
porque todos llevaban,
apenas cuatro cosas.

El tipo era
de lo más educado
y acomplexado.
No podía resistirse
ante aquellas caritas
de cordero degollado
que ponían los siguientes en la fila
observando su enoooOOOrme carrito de compra.
Y las caritas de
agradecimiento
con una leve inclinación de cabeza
que mostraban
cuando les permitía
pasar delante.

El tipo era
como una puerta giratoria
que se abría
continuamente
y decía:
Pase usted delante, pase usted delante.

Después de tres días
el tipo estaba
desaseado
su compra

ajada
y los rapantes
putrefactos.

La policía vino a buscarlo,
y se lo llevó, oloroso.
Pasé usted delante, pase usted delante,
repetía y repetía
girando como
una veleta
en plena tormenta.

No sabía,
el tipo,
que la educación y la compra del mes
son incompatibles
con la caja rápida.

XXII.

Me encanta
que el súper
se ocupe
de que a mis hijos no les falte de nada.

Porque allá abajo
a la altura
de su vista
hay otro mundo
diseñado para ellos.

El mercado protege a mis retoños con mimo.

Y distribuye
colorines y dibujitos
por todos los objetitos
de su mundo inferior.

Las baldas bajas
están reservadas
para la fantasía.

Y aunque no les perdone
(eso no)
llenar la antecaja registradora
de chorradas
para que picoteen
mientras esperamos en la fila
me parece entrañable
que mientras yo estoy
preocupado por comprar la cerveza y los filetes
mis hijos disfruten
de un mundo de fantasía.

Cada vez que la pequeña

pega un estirón
nos acercamos al Familia
para ver si ha pasado
de la balda de los mejillones
a los berberechos
y le hacemos
otra marca de altura.

Es entrañable.

Al salir,
el mazas hipertrofiado
y esteroidado de Prosegur
nos dice
como crecen esos niños, en breve estarán como yo
lanza un guiño y levanta un brazo
mostrando un bulto enorme bajo el uniforme
donde se supone que está el bíceps
mientras la pistola
brilla en su cintura.

Familia
y seguridad
qué más
se puede pedir.

XXIII.

Señor,
ahora que me dispongo
a atravesar
las puertas automáticas del Averno consumista
líbrame de todo mal,
y de tantos estímulos
seductores,
para qué negarlo,
que me encontraré
dentro.

Protégeme
de la compra impulsiva
y no permitas
que los cánticos zalameros
del libertinaje capitalista,
con su indiscutible atractivo,
me desvíen
de la senda
de mi lista
de la compra.

Amén.

XXIV.

Estoy deseando
que suba el IPC lo justo
para redondear
todos los coma noventa y nueve céntimos de euro.

Aunque, bien pensado,
casi prefiero
que baje el IPC lo justo
para redondear
a coma noventa y ocho céntimos de euro.

Por un puto céntimo
andamos a joder la marrana
con el precio.

Coño.

Por un céntimo de euro,
que no llegamos
ni a peseteros.

XXV.

Quisiera
una larga cola de portadores,
como los de Tarzán,
que me porteran
todas las cosas
desde la caja al coche.
Mientras yo
sentado
en un trono,
tomándome un gin-tonic,
hastiado de comprar,
hinchido,
satisfecho,
orgullosos de mi compra,
de mi gasto,
observaría
cómo las galletas
y el suavizante
y el papel higiénico y el resto de cosas
saltaban de un hombro al siguiente
hasta mi maletero.

Sin embargo,
todo es demasiado atropellado siempre
cuando pasas por caja:
las bolsas
las cosas
las tarjetas
las bolsas
los tickets
los vales descuento
las bolsas

las cosas de la señora siguiente
esperando
abalanzándose sobre mi compra
las bolsas
la señora
maldiciéndome
por no ir más rápido
la Travel
las gracias
la vuelta
y toda
toda esa gran oleada de estímulos
desconcertándome
en un espacio
tan
tan pequeñito
tan pequeñito siempre.

Con lo tranquilito
que estaba yo dentro
a mis anchas
que parecía que todo aquello era mío
todo
¿¡para qué he tenido que salir yo,
maldita sea,
a este caos que me anuncia lo que me espera fuera!?

XXVI.

Me prometí entrar
solamente
para comprar
un par de cosas.

Y llevarme
ni una más
ni una menos
que aquellas dos cosas sólo.

Las localicé en las estanterías
atravesé de puntillas el supermercado
sin mirar hacia los lados
y llegué,
triunfante,
a la caja registradora.

Allí, conseguí
también
sortear
la frontera de los chuches,
las pilas,
las maquinillas de afeitarse
y las chorradas al 30% de descuento.

Y sólo al salir
abandono el arroz con los del Banco de Alimentos
abandono el aceite con los de la Cruz Roja
abandono el cambio de la vuelta con el rumano de la puerta.

Y me voy,
pelado.

XXVII.

Luz cenital
amarilla
y en el hilo musical
Shakira.
Una niña
en el pasillo
baila con gestos
obscenos
y en las estanterías
una mujer
con sobrepeso
demasiado mayor
para ser
tan joven
llora
aislada
sóla
cansada
mientras escoge
un bote económico
de lentejas
cocidas.
Chup chup
corazón
abrir y listo.
Chup chup
para la señora
del montón

XXVIII.

Afuera soy
un tipo
que pasa desapercibido.
Un jicho
de lo más
estándar.

Pero aquí dentro
todo orbita alrededor de mí:
yo soy
el sol,
el puto centro
de todo
y hasta las espinacas en bote
se me ofrecen
seductoras.

Todas las cosas
buscan
complacerme
y yo soy
el jodido César.

El supermercado,
ese paisaje
orgiástico
lleno de
voluptuosidad y promesas
de placer
a cambio tan sólo
de unos euros miserables.

Y yo
yo que que tengo

tantas y tantas necesidades insatisfechas
estoy por pensar
que aquí dentro
puedo encontrar
la felicidad.

XXIX.

A esta hora de la noche
somos muchos los clientes habituales.

Nunca hemos cruzado palabra,
pero casi todos nos reconocemos
y solemos saludarnos
con un gesto ambiguo de la cabeza:
formamos parte de una sociedad
secreta.

Todos estamos aquí por lo mismo.
Por la soledad.
Por el desamparo.
El supermercado nos ofrece cobijo.
Nos ofrece luz y color.
La Mastercard nos proporciona
el nuevo derecho de asilo que antes
nos proporcionaba la Iglesia.

Arrastramos los carros semivacios por los pasillos
y no hacemos mal a nadie.

Guiamos a los novatos hasta los productos esenciales.

Te dejamos pasar en la cola de la caja
para permanecer un rato más aquí
dentro.

Somos una gran familia.
Las cajeras nos conocen por el nombre.
Las pescaderas nos *aconsejan* que hoy no llevemos
esa merluza.

Nuestra lista de la compra no se completa nunca.

Siempre tenemos una excusa para volver.

FIN